



Carlos Pellicer en el reino del día



Juan Domingo Argüelles



Es conocida la afortunada frase de Gabriel Zaid según la cual Carlos Pellicer (1897-1997) le puso “casa a la alegría”, pues a lo largo de su obra poética “tiene ojos para ver la hermosura de lo concreto, alegría de estar vivo y humildad para ser natural en la naturaleza, para aceptar los límites como formas gozosas”. Más todavía: “Ni los fracasos ni las decepciones son capaces de cerrarlo a la gracia. Su obra es ante todo homenaje; fresco, desgarrado, reconciliado, homenaje a la alegría”.

Años antes, en un ensayo que luego recogería en su libro *Las peras del olmo*, Octavio Paz había celebrado la poética pelliceriana con el siguiente elogio: “Su poesía es una vena de agua en el desierto; su alegría nos devuelve la fe ciega en la alegría”. Elogio este que Paz complementaba con esta explicación: “Pellicer es el más rico y vasto de los poetas de su generación. Hay poetas más perfectos; más densos y dramáticos; más afilados y hondos: ninguno tiene su amplia respiración, su deslumbrada y deslumbrante sensualidad. No importa que en su obra la reflexión, la angustia, el drama del hombre o el diálogo erótico con el mundo ocupen un sitio muy reducido; en cambio las otras potencias del espíritu, desdeñadas por el hombre moderno, lo inundan todo con su dichosa presencia”.

Ahora que se cumple el centenario natal del gran poeta tabasqueño, vale también recordar aquel diagnóstico de Paz sobre el valor esencial del autor de *Hora de junio*: “Pellicer no es un poeta de poemas sino de instantes poéticos. Por eso, aun en sus composiciones menos logradas, siempre es posible rescatar dos o tres versos sorprendentes e inolvidables”.

Para quien haya detenido los ojos, al menos una vez, en las páginas del autor de *Práctica de vuelo*, quedarán resonando siempre en su memoria, por muy mala que ésta sea, esos versos sorprendentes que definen por entero el talento de Pellicer y que valen por todo el viaje, en la selva de palabras, que el poeta nos invita a hacer en el luminoso y tórrido reino del día. Por ejemplo, el famosísimo dístico “Aquí no suceden cosas/ de mayor trascendencia que las rosas”, incluido en un poema de su primer libro, *Colores en el mar*, y por cierto citado de memoria por Paz y de algún modo mejorado en la imagen, ritmo y sonoridad de su primer verso: “Aquí no pasan cosas/ de mayor trascendencia que las rosas”.

Juan Domingo Argüelles. Poeta, ensayista y crítico literario; columnista de las secciones culturales de los diarios *El Financiero* y *El Universal*. Entre sus libros más recientes están: *A la salud de los enfermos* (Joaquín Mortiz, 1995; Premio Nacional de Poesía Aguascalientes 1995) y *Piedra maestra* (Ediciones Arlequín, 1996).

El arranque mismo de ese alegato de Zaid fue una llamada de atención importantísima para comenzar a valorar a Pellicer en su justa dimensión, que es algo más que los cientos de páginas y los miles de versos que escribió: “Para quienes ‘entienden’ a través de comparaciones absurdas, digamos que la poesía de Pellicer es mejor, por ejemplo, que la de Borges. Comparación con todo, nada absurda: hay

Hoy, los tres tomos exhaustivos de su *Poesía completa* nos ofrecen la posibilidad de una imagen más amplia que luego cada lector irá ajustando a su particular visión para quedarse con el Pellicer esencial que más le interese y más le convenza: el amoroso, el cívico, el juguetón, el frondoso del trópico, el exacto y ceñido de los sonetos, aquel de amplia respiración al que se refería Paz y que nos dejó algunas joyas invaluable como ciertos versos que forman parte de sus *Esquemas para una oda tropical*, sobre todo —para mi gusto— los de “Primera intención”;

*A la cintura tórrida del día
han de correr los jóvenes aceites
de las noches de luna del pantano.
La esbeltez de ese día
será la fuga de la danza en ella,
la voluntad medida en el instante
del reposo estatuario,
el agua de la sed
rota en el cántaro.*

En la nota previa de la *Poesía completa* de Pellicer, Luis Mario Schneider comenta: “En 1981 intenté reunir lo que, se suponía, era hasta ese momento la poesía completa de Carlos Pellicer. Hoy, a quince años de distancia,

Podremos estar felices de leer poemas de Pellicer que no se habían dado antes a la imprenta, pero al lector no especializado que se acerque por primera vez, es un decir, a *Hora de junio*, le bastarán ciertos versos incomparables para regresar nuevamente a esas páginas:

***Junio me dio la voz, la silenciosa
música de callar un sentimiento.
Junio se lleva ahora como el viento
la esperanza más dulce y espaciosa.***

***Yo saqué de mi voz la limpia rosa,
única rosa eterna del momento.
No la tomó el amor, la llevó el viento
y el alma inútilmente fue gozosa.***

O bien esta cuarteta que, sin duda alguna, está entre lo mejor de la poesía mexicana por su limpidez, su concentración, su simbolismo:

***Vuelvo a ti, soledad, agua vacía,
agua de mis imágenes, tan muerta,
nube de mis palabras, tan desierta,
noche de la indecible poesía.***



A high-contrast, black and white graphic illustration of a nude female figure in a dynamic, contorted pose. The figure is rendered with thick, expressive black lines and stippling, set against a white background. She is leaning forward, with her head tilted back and her arms raised, creating a sense of movement and tension.

De cualquier modo ya nos había obsequiado el sol como aquel que Octavio Paz escuchó como un “alto grito amarillo”. En sus mejores versos, Carlos Pellicer nos invita a acompañarlo en el reino del día.Δ